

RESPONDER A MIS HERMANAS

Queridas hermanas,

Quisiera responder a la carta conjunta de las Presidentas y Consejos de España. Y mi reflexión quiere partir de la conferencia del P. Daniel Chowning en el curso interfederal, en el Cites, en junio de 2016.

Igual que el P. Daniel, creo que nuestro Carmelo está pasando una situación de “noche pasiva” por la precariedad, el envejecimiento, los cambios socio-culturales... Ante esta situación que nos es dada, nos sentimos impotentes; todo lo que pensamos hacer sólo es un andar a tientas en la oscuridad. A mi parecer, en esta situación Dios no nos pide dar soluciones, pues supera nuestra capacidad. Pero sí nos invita a dejarnos en sus manos, a dejarnos hacer, a abandonarnos en sus manos. A esto mismo nos invita el P. Daniel en su conferencia, y la razón de esta invitación es que en la noche Dios sigue trabajando su obra en nosotros (purificarnos, transformarnos a imagen de su Hijo...). Por tanto, Dios sigue viniendo a nuestras vidas, y sólo Él tiene la respuesta más acertada para nuestro momento actual, tanto personal como comunitario. Y para que esto sea posible, debemos aprender a apoyarnos **sólo en Dios**, con un corazón atento y muy abierto, dispuesto para todo (para lo que nos gusta, o no nos gusta, como respuesta de Dios). Además, dejarnos hacer en la noche es una pasividad activa que el P. Daniel lo describe como un “estar quieto y en paz” por dentro, con la esperanza puesta sólo en Dios; y por otro lado, es “estar en movimiento continuamente”.

Desde mi experiencia personal, entiendo que esta pasividad no solamente implica el dejarnos hacer y estar quieta interiormente, sino que también implica estar atenta a todo lo que nos mueve por dentro, para discernir hacia dónde nos lleva. Y el estar activa (en movimiento), lo entiendo como un trabajar continuamente para:

1/- Por un lado, no dejarnos llevar:

- *por las ganas de llenar el convento de vocaciones no muy discernidas.
- *por el impulso, a veces muy sutil, de evasión.
- *por la tendencia de primar tanto el trabajo y el servicio (por la precariedad), que minusvaloramos otros valores de nuestra vocación, como, por ejemplo: la formación, el acompañamiento, la recreación, la acogida de las visitas, etc.

2/- Por otro lado:

*para mantenernos firmes, con las adaptaciones necesarias, a los pilares fundamentales de nuestra vida cotidiana: la oración, el trabajo-servicio, la recreación donde estamos unas con otras de modo gratuito...

*para seguir centrando toda nuestra afectividad en el Señor, **vivir todo en relación con Él**, apoyándonos sólo en Él, sobre todo en su Amor, para asumir en paz y confianza las disminuciones, tanto personales como comunitarias, en todos los aspectos etc.

Ésta es mi humilde reflexión, a la luz de lo que dice el P. Daniel, y desde mi experiencia de vivir la noche. En realidad, mucho antes de la precariedad comunitaria, he vivido muchas veces la precariedad personal, por los achaques físicos que he tenido (y tengo). Para mí, este tipo de noche, no es únicamente algo negativo que nos viene encima y hay que soportar sin más, sino que es oportunidad para conocernos hasta dónde llegar en nuestra entrega y gratuidad; es oportunidad para unirnos más al Señor en el Camino Estrecho, pues de esta unión nos lleva a dos gracias muy grandes:

- *ser hija de Dios en Él, ser moldeada por el Padre a imagen de su Primogénito;
- *participar en su misión de dar vida al mundo, a nuestra humanidad doliente que tanto nos interpela (sí, el mundo también necesita que le demos vida en Él).

De verdad, este tipo de noche no ha impedido al Señor obrar en mí; de hecho, las que habéis leído lo que os compartí de cómo Jesús me lleva al Padre, veréis que precisamente en este tiempo, Él ha obrado esta gracia en mí, y me sigue llevando al Padre a pesar de todo y con todo. Además, la precariedad no solamente nos hace salir de nosotras mismas, sino que también nos hace sentirnos pobres y necesitadas de Él continuamente; e invocándole, pidiéndole su ayuda, nos hace abrirnos con gran sencillez y naturalidad a Él, como una criatura a su Creador-Hacedor, o como un hijo a su padre, sea esta ayuda en directo o a través de las mediaciones. De la misma manera, cuando terminamos cualquier trabajo o servicio, nos hace sentir un gran agradecimiento por su gracia (en lo físico, en lo anímico, en la voluntad...). Y el agradecimiento por haber sido agraciados nos lanza otra vez a entregarnos ... Fruto de todo esto es que palpamos la presencia viva y operante de Cristo en nuestra precariedad, puesto que también hoy se hace carne humana para compartir con nosotros nuestra vida (la que nos toca vivir en estos momentos), como lo hizo con María en su vida oculta de Nazaret.

Cada día, al ofrecerme a Él, no puedo no sentir la alegría de saber que en Él estoy más cerca del Padre (mi Fin último), estoy amando y sirviendo al Padre con Él y en Él, y al mismo tiempo, en Él, estoy dando Vida a nuestros hermanos perseguidos por su fe, o a los que malviven en un campo de refugiados, o a enfermos incurables, o a heridos por una familia rota, conflictiva ..., cosa que nunca puedo soñar desde la pobreza y pequeñez de mi mera persona.

Por último, quisiera decir una palabra sobre la formación. Creo que tenemos ya muchos conocimientos de los Santos Padres. Ahora, más bien, es cuestión de personalizar sus enseñanzas, es decir, procurar que nos salga desde dentro, que

broten estos conocimientos aprendidos desde nuestra relación con Jesús, esas enseñanzas que hemos recibido desde fuera. ¿Por qué es necesario esto? Porque igual que la fe que recibimos de nuestros padres en la niñez, si no llega a personalizarse no puede crecer, ni profundizar, ni madurar; pues nuestro seguimiento de Jesús, según los Santos Padres, si no llega a personalizarse, se queda como cogido entre alfileres, y no puede crecer, ni profundizar, ni madurar.

Y ¿cómo conseguir esto? Creo que es cuestión de acompañamiento, o de revisar qué es lo que contemplamos y escuchamos en nuestras oraciones (discernimiento), y si el proceso de contemplar y escuchar, llegan hasta el final o no... Sobre todo, es aspecto a tener en cuenta de que “el formador por excelencia” es Dios Padre, según el nº 14 de VDQ. O sea, que necesitamos “entendernos” con Dios personalmente (y este es el papel del acompañante), y tener un corazón muy centrado en Él, abierto a Él, receptivo, dócil...

En fin, termino aquí. Gracias por escucharme. Que Dios os bendiga.

M^a Teresa